

Serguéi Dovlátov

La filial

TRADUCCIÓN DE TANIA MIKHELSON Y
ALFONSO MARTÍNEZ GALILEA

NOTAS Y APÉNDICES DE
TANIA MIKHELSON

CUBIERTAS DE JOSÉ QUINTANAR

FULGENCIO PIMENTEL

La principal

Mamá suele contar que hubo un tiempo en que me despertaba con una sonrisa en la cara. Supongo que sería en torno al año cuarenta y tres. Imagínense: a mi alrededor, la guerra, los bombardeos, la evacuación; y yo tumbado allí, sonriendo...

Ahora todo es distinto. Hace veinte años que me despierto con una mueca repugnante en un rostro demacrado.

Frente a mi ventana, un letrero fluorescente: «Banco Colonial». Las letras de neón parpadean antes de desvanecerse. Amanece.

Missis Bono, la dueña de la *luncheonette*, levanta con estrépito las verjas de hierro. De entre las tinieblas emergen nuestro pequeño puf árabe, un columpio para niños, un chifonier que se tambalea... *Bonjour, monsieur Chifonier! Ciao, signore Collumpioni! Guten morgen, genosse Puf!*

Tengo que irme. Soy periodista radiofónico. Mejor dicho, soy el presentador, el *anchorman*. Transmitimos para Rusia. La emisora se llama La Tercera Ola. El programa,

Personas y acontecimientos. Nuestra oficina está ubicada en el mismísimo corazón de Manhattan.

Rusia está experimentando una perestroika y una aceleración. Ahora publican a Nabókov y a Jodasévich. Se abren cafeterías de propiedad privada. Los Dinosaurios, la banda de rock, dan conciertos en vivo. Sin embargo, nuestra emisora sigue con la señal interferida. Incluso mi débil timbre de barítono es interferido. Tengo entendido que se destinan enormes cantidades de dinero al asunto.

Y digo yo: ¿por qué no interferir nuestras emisiones con las canciones de Los Dinosaurios? «Los lobos hartos y las ovejas a buen recaudo», como dice el refrán.

Llevo prisa. Desayuno de soldado: café y Gauloises sin filtro. De propina, los titulares de la mañana:

«Otra toma de rehenes... Base terrorista tiroteada... Tim O'Connor persigue su reelección al Senado...».

De hecho, este tipo de cosas nos preocupan más bien poco. Nuestra preocupación primordial es Rusia. Su futuro, para ser exactos. Respecto a su pasado, las cosas están muy claras. Y, en cuanto al presente, está más claro todavía: vivimos en la época de los dinosaurios. Con respecto al futuro, en cambio, existen opiniones contrapuestas. Muchos creen incluso que lo tenemos a nuestras espaldas, como los cangrejos.

Una hora en el *subway*. Gimnasia psicológica cotidiana. Escuela de paciencia, de humor, de democracia y

de humanismo. Una especie de arca de Noé, por decirlo así.

Aquí tienen a los policías con los traseros más gordos del planeta. A los *managers* y los empleados más anodinos. A los sordomudos más temperamentales. A los adolescentes más escandalosos... A los delincuentes y los ladrones mejor educados.

Aquí lo pueden atracar a uno, pero nadie le dará con la puerta en las narices. Y eso, me parece a mí, es lo importante.

La Tercera Ola se encuentra ubicada en la esquina de la Cuarenta y nueve con la avenida Lexington. Ocupamos una planta entera del Corvette, el ciclópeo rascacielos. En la planta baja disponemos de un vestíbulo, una cafetería, un estanco y un laboratorio fotográfico.

A todas horas vemos pasearse a un par de guardias de seguridad, uno blanco y otro negro. Al blanco le doy los buenos días como a un igual. Con el negro me muestro mucho más obsequioso. Por lo que se ve, debo de ser demócrata...

Llevo diez años colaborando en esta emisora. Mi superior, Barry Tarasévich, se dirigió a mí uno de los primeros días:

—No voy a decirle a usted lo que debe escribir. Solo le diré qué es lo que no debe escribir bajo ningún concepto. No debemos escribir que el renacimiento religioso va ganando terreno año tras año. Ni que la economía

socialista se halla inmersa en una profunda crisis. Nada de eso. Venimos repitiéndolo desde hace cuarenta años. En ese período hemos cambiado catorce veces de director. Y la economía socialista sigue viva.

—Pero inmersa en una crisis, efectivamente.

—De lo que se deduce que la crisis es un fenómeno estable. Por regla general, la decadencia es visiblemente más estable que el progreso.

—Lo tendré en cuenta.

Barry Tarasévich continuó:

—No se le ocurra escribir que Moscú está blandiendo agresivamente sus armas. Ni que los gerontócratas del Kremlin mantienen pegado su dedo esclerotizado...

Lo interrumpí:

—¿Al botón de la guerra?

—¿Cómo lo ha sabido?

—Pasé diez años escribiendo eso mismo en los periódicos soviéticos.

—¿Acerca de los gerontócratas del Kremlin?

—No, acerca de los halcones del Pentágono.

A veces tengo fantasías como la que sigue. La guerra ha terminado. América ha capitulado. Los rusos están en Nueva York. Han montado aquí su cuartel general.

Finalmente han de hacer frente al problema de los emigrados. De los científicos, escritores y periodistas dedicados a actividades antisoviéticas.

El comandante nos cita en el cuartel:

—Supongo que os estaréis preparando para la pena de muerte. Y la tenéis todos bien merecida, la verdad. Si por mí fuera, os daría matarile uno a uno contra la primera tapia que tuviera a mano. Pero el capricho me saldría caro, no me lo puedo permitir. ¿A quién colocaría luego en vuestro lugar? ¿Dónde podría encontrar a unos cantamañanas semejantes? No disponemos de suficientes recursos como para producir una nueva partida de granujas impenitentes como vosotros. Exigiría una inversión excesiva de tiempo y de dinero... Así que atentos. ¡Firmes, la madre que os parió! Tú, Kuroyédov, antaño fuiste filósofo soviético. Después, filósofo antisoviético. A partir de ahora, vuelves a ser filósofo soviético. ¿Lo has entendido?

—¡A sus órdenes! —responde Kuroyédov.

—Tú, Liovin, fuiste primero escritor soviético. Luego te hiciste escritor antisoviético. Ahora serás escritor soviético nuevamente. ¿Te queda claro?

—¡A sus órdenes! —responde Liovin.

—Tú, Dalmátov, fuiste periodista soviético un día. Después, periodista antisoviético. Ahora vas a ser periodista soviético otra vez. ¿Alguna objeción?

—¡A sus órdenes! —responde Dalmátov.

—¡Ahora —vocifera— fuera de aquí! ¡Y que no se os ocurra faltar mañana al trabajo!

La Tercera Ola consta de catorce despachos, dos zonas comunes, cinco estudios, una biblioteca y un laboratorio.

Hay, además, un pasillo que da acceso a la sección de mensajería, al taller técnico y a un almacén para los equipos de radio.

Los despachos están ocupados por personal de plantilla. La zona común, dividida por mamparas, es para los colaboradores ocasionales. Los secretarios y las mecanógrafas también trabajan aquí. El teletipo, el interfono y la fotocopidora ocupan nichos propios.

Hay, incluso, un cuartito para el conserje.

En la URSS, nuestra emisora es objeto de libelos y panfletos diversos. Una decena de esas publicaciones está disponible en la biblioteca de la redacción:

Telaraña de mentiras, Tecnologías del odio, Maestros de la desinformación, A la sombra del FBI, Más allá de la puerta de hierro. Etcétera.

Nuestra puerta, por cierto, es de cristal. Da al rellano de la escalera. Junto a la puerta se acomoda miss Phillips, afanadísima con sus labores de punto.

La bibliografía mentada describe nuestra emisora como un organismo siniestro y misterioso. Una especie de fortaleza inexpugnable. Dicen que ocupamos un búnker subterráneo. Que nos protegen poco menos que con misiles balísticos.

En realidad, es miss Phillips la que nos protege. Cada vez que asoma la cara un desconocido, miss Phillips le pregunta:

—¿En qué puedo ayudarlo?

Exactamente igual que en un restaurante. En el supuesto de que el desconocido entre pisando fuerte, sin formalidades, la vigilante suele exclamar:

—¡Bienvenido!

Podemos traer aquí a nuestros amigos y familiares. Podemos venir con los niños. Podemos quedar aquí con quienquiera que sea, lo mismo por negocios que por asuntos sentimentales.

Estoy seguro de que es pan comido meter aquí una bomba, una mina antipersona o un paquete de dinamita. Nadie te pide que enseñes tus papeles. Ignoro si los que están en nómina disponen de algún tipo de documento. Yo solo dispongo de la llave del retrete.

Alrededor de cincuenta empleados componen la plantilla de nuestra emisora. Entre ellos hay aristócratas, judíos, excombatientes del ejército de Vlášov¹. Seis son «no retornados», todos turistas o marineros. Hay americanos, unos de origen ruso y otros de orígenes diversos. Hay un intelectual negro, Rudy, experto en la obra de la Ajmátova.

En la emisora, uno puede toparse con personalidades bastante destacadas. Con el sobrino nieto de Kérenski,

¹ El general Andréi Vlášov (1901-1946) abrazó el bando de Hitler con el propósito de hacer caer el régimen de Stalin. No fue el único: se estima que más de 1 300 000 combatientes se pasaron de bando durante la contienda. Tras la guerra, la historiografía soviética utilizó como sinónimos los conceptos «colaboracionista» y «vlášovets».

por ejemplo, cuyo apellido quizá resulte algo extravagante: Bujman. O con un descendiente remoto de su majestad imperial: Vladímir Konstantínovich Tatíshchev.

Una vez, celebramos con una francachela la visita de la hija de Stalin. Me senté exactamente entre Bujman y Tatíshchev. Justo enfrente de Alilúyeva².

«A mi derecha —reflexioné— tengo a un familiar de Kérenski. A la izquierda, a un descendiente del emperador. Frente a mí, a la hija de Stalin. Y, en medio de todos ellos, mi persona, un representante del pueblo. De ese pueblo por el que los tres anduvieron a la gresca».

Mi jefe había estudiado Historia del Teatro. Trabajaba en la televisión de Moscú. Allí le asignaron la realización de telefilmes. Dirigió la famosa serie *Hoy comienza el futuro*. Un día se planteó rodar una adaptación de Gógol. Aquello terminó en bronca con sus superiores. Emigró, se instaló en Nueva York y se puso a trabajar en la radio.

Tarasévich aprendió inglés muy rápidamente. Se dedicó al arriendo de viviendas. Se hizo además aficionado al cultivo de setas. Sí, digo bien, de setas. Ignoro los detalles.

² Svetlana Iósifovna Alilúyeva (1926-2011), hija de Iósif Stalin, huyó de la URSS en 1966. Al año siguiente apareció su autobiografía epistolar *Veinte cartas a un amigo* (en España titulada *Rusia, mi padre y yo*, Planeta, 1967), que fue difundida en su totalidad por Radio Liberty.

Durante sus primeros años aquí, solo pensaba en el teatro. Trató de formar una compañía con antiguos actores soviéticos emigrados... Incluso consiguió poner en escena una de sus creaciones. Una especie de montaje basado en los cuentos de *Mírgorod*, de Gógol.

El espectáculo se estrenó en Broadway. Yo estaba en viaje de trabajo y no pude asistir. Más tarde, pregunté a un amigo:

—¿Has ido? ¿Qué te ha parecido?

—En fin, normal.

—¿Había gente?

—Al principio, no mucha. Luego llegué yo y llené la sala.

Tarasévich era un director bastante profesional y una persona razonable. Me acuerdo de mis primeros guiones para la radio. Reseñas de libros recién aparecidos. Intentos desesperados de hacer patente mi erudición.

Empleaba términos como «filosofema», «extrapolación», «relevante». Al final, el director me llamó a su despacho y me dijo:

—Programas como los tuyos no haría falta ni interferirlos. Se mire por donde se mire, aparte de algún doctorando de la Universidad de Moscú, no los entiende ni Cristo.

Durante unos tres años colaboró con nosotros un enigmático activista religioso, Lemkus. Dirigía un programa fijo en la parrilla, *Vislumbrar a Dios*. Se trataba de demostrar que el asunto no era tan complicado.

De vez en cuando, Tarasévich observaba a Lemkus y murmuraba:

—Quizá no sea tan malo que nos interfieran. Hay veces que hasta puede ser conveniente. La gente de la URSS sale ganando.

Lemkus se ofendía:

—Usted no comprende lo que es la religión. La religión, para mí...

—Claro que lo comprendo —lo hacía callar Tarasévich con un gesto de la mano—. La religión es su fuente de ingresos.

En el pasillo me topé con el presentador Liova Asmus. Liova poseía una voz de barítono singular, profunda y agradable. Solía leer sus textos de un modo sencillo, elocuente, exento de emoción. Con el tono indiferente que suelen usar los presentadores natos.

Asmus llevaba ocho años trabajando en la radio. Durante ese tiempo, había desarrollado una manía peculiar. Se había convertido en un fanático de la puntuación. No solo respetaba cada uno de los signos. Los articulaba en voz alta. Tampoco esta vez hizo una excepción:

—Cómo va eso, coma, viejo amigo, puntos suspensivos. Ve corriendo al despacho del director, signo de admiración.

—¿Qué ocurre?

—Se va a celebrar un simposio en Los Ángeles, punto. El tema, dos puntos, se abren comillas, «La nueva

Rusia, coma, versiones y alternativas», se cierran comillas. En resumidas cuentas, dos puntos, la verborragia ataca de nuevo, punto y seguido. Y te toca cubrirlo a ti, puntos suspensivos...

Lo que me faltaba.

Debo confesar que no soy exactamente periodista. Desde muy niño sueño con la literatura. He llegado a publicar cuatro libros en Occidente.

Vivir de la literatura es complicado. Por eso me toca currar en la radio.

Ocupo un determinado lugar en la jerarquía de los escritores emigrados. Por desgracia, bastante lejos del primero. Aunque, afortunadamente, tampoco soy el último. Considero que mi posición es óptima para atisbar lo que quiere decir «la literatura de verdad».

Mi mujer es mecanógrafa cualificada. «Taipist», en el dialecto local. Ha mecanografiado para distintas editoriales todas mis obras. De modo que ya no le hace falta ni leerlas.

Reconozco que la cosa me descoloca un poco. Le pregunto:

—¿Has leído mi relato «Destino»?

—Por supuesto: fui yo quién lo compuso. Para la antología *Encrucijada*.

Entonces vuelvo a preguntarle:

—Vale, ¿y qué es lo que tecleas ahora?

—Bulgákov. Para la editorial Ardis.

—¿Y cómo puede ser que no te oiga reírte a carcajadas?

Mi mujer arquea las cejas, extrañada:

—¡Porque lo hago de manera mecánica!

Chóbur, nuestro columnista económico, se abalanza sobre mí. Desde hace más de ocho años, fuma de mi tabaco. Hace más de ocho años que me saluda como a un hermano: «¡Vamos a echar un cigarrito!».

Cuando saco mis Gauloises de siempre y el mechero, Chóbur puntualiza: «Tengo cerillas».

A veces, me retraso un par de horas. Al verme, Chóbur respira aliviado:

—Llevo todo el día sin fumar. Fidelidad a la marca, tío... Le he cogido el gusto, ¿qué te parece? ¡Hala, vamos a echar un cigarrito!

Conque le pregunto a Chóbur:

—¿Cómo va eso?

—Tengo una noticia espectacular, viejo. ¡Me han ascendido! ¡Por fin! ¡Nivel catorce en la escala salarial! ¡Dos mil más al año! ¡Una nueva vida, tío! ¡Radicalmente nueva!... Anda, tira, vamos a echar un cigarrito para celebrarlo...

Polina, la mecanógrafa, tiene su puesto frente al despacho del redactor jefe. Antes, Polina trabajaba en nuestra sucursal de Fráncfort. Allí conoció a un actor alemán.